

---

## LIBROS

---

# EL DISCRETO ARQUITECTO DEL PORVENIR

Si hoy tuviera que pronunciarse sobre el oficio de editor, seguro que Javier Pradera seguiría confiando en su capacidad de transformar el mundo.

JOSÉ ANDRÉS ROJO

---

Jordi Gracia, ed. Epílogo de Miguel Aguilar. *Javier Pradera. Itinerario de un editor*, Trama editorial, Madrid, 2017.

**A**cabó Derecho a los veinte años y tras unas oposiciones obtuvo una plaza en el Cuerpo Jurídico del Ejército del Aire, pero lo metieron en la cárcel después de las movilizaciones estudiantiles de 1956. Anduvo luego un tiempo dando clases como profesor de Derecho Constitucional, lo volvieron a detener y esta vez le tocó pasar una larga temporada en una celda, entre enero y noviembre de 1958. Al salir no pudo volver a la Universidad ni tampoco abrir un despacho de abogado, así que Javier Pradera

---

(San Sebastián, 1934-Madrid, 2011) tuvo que buscarse la vida y se puso a trabajar en un editorial. Empezó haciendo unas traducciones en 1959 para Tecnos, donde luego lo emplearon como agente comercial. Durante unas gestiones conoció a Arnaldo Orfila, director del Fondo de Cultura Económica, que lo fichó en 1963 como gerente y responsable del sello mexicano en España. Desde ese momento hasta que abandonó Alianza en 1989, Javier Pradera fue editor –“a mi juicio el mejor oficio del mundo”, dijo alguna vez–. Lo fue también como jefe de Opinión de *El País*, donde se lo conoce sobre todo por sus editoriales y por sus piezas de analista político, y en *Claves de Razón Práctica*, esta revista, que fundó con Fernando Savater en 1990. Una vida entera, pues, dedicada a ese discreto papel de mediador entre los autores y los lectores.

En *Itinerario de un editor*, Jordi Gracia ha reunido un montón de piezas diferentes de Javier Pradera que permiten acercarse a esa zona casi desconocida en la que estuvo ocupado durante treinta y cinco años. Cartas, reseñas de libros, conferencias, entrevistas, intervenciones en seminarios: un fascinante puzzle de fragmentos que permiten recomponer los avatares de un sector que tuvo un relevante papel en la España de esos años. El libro, así, no es solo la historia de Pradera como editor, sino también una ventana privilegiada desde la que atisbar qué ha pasado en este país –qué nos ha pasado– desde que a finales de los cincuenta un joven abogado que militaba entonces en el Partido Comunista terminó dedicándose a los libros.

En el último texto que recoge el libro, una intervención en la Universidad Menéndez Pelayo en 2001 que tituló *Contra la melancolía o la continuidad del oficio*, Pradera se refiere a siete características que definen el trabajo de un editor: 1. Seleccionar racionalmente sus preferencias para difundir el conocimiento y la cultura; 2. Capacidad de formar una empresa; 3. “Un mínimo proyecto cultural, utilizando el término *proyecto* en sentido débil y con el significado megalómano de transformar el mundo”; 4. “Capacidad para armonizar sus gustos personales y las líneas generales de ese proyecto con la demanda no solo actual sino también potencial y para conformar los deseos de

---

mañana”; 5. Discriminar y seleccionar, apostar por autores, corrientes y géneros. 6. Imaginación suficiente para hacer llegar su catálogo al potencial lector, y 7. “Saber administrar los recursos humanos y materiales” para que su empresa perdure. En otra ocasión había sostenido que “la clave última de ese oficio es saber armonizar la doble condición del libro, las dos caras de Jano del libro como bien cultural y como mercancía o, para decirlo en términos marxianos, como valor de uso y como valor de cambio”.

Para comprender a fondo la envergadura del trabajo que Javier Pradera realizó como editor hay dos aspectos en los que habría que fijar la atención: uno de ellos, esa idea megalómana de “transformar el mundo”; la otra, la voluntad de “conformar los deseos de mañana”. Es muy posible que si ese trabajo no comportara esos dos aspectos, Pradera no se hubiera implicado nunca de esa manera como editor hasta el punto de sostener que se trata de “el mejor oficio del mundo”. Hay que pensar en los años que van de 1940 a 1955, el período en el que a su generación le tocó socializarse y al que se refiere de pasada en un autorretrato de 2004, que incluye el libro: infancia, adolescencia y juventud, vividos sin remedio en ese clima intelectual, político y moral tan cerrado del franquismo. “Reconstruir la historia de por qué esa minoría rompe con esa socialización es muy complicado”, confiesa ahí. Se refiere a aquellos estudiantes que empezaron a mediados de los cincuenta a cuestionar la dictadura, incluso cuando muchos de ellos procedieran de familias que habían ganado la guerra. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué se produjo esa mutación? Pesaron, sin duda, motivos de índole muy variada, pero por lo que respecta al Pradera que algún día se convertiría en editor, las lecturas fueron decisivas. A este respecto, cuenta que estaban sometidos a “una dieta de campo de concentración”. Gracias a las editores latinoamericanos, dice Pradera, aquellos jóvenes pudieron conectar con “la corriente de pensamiento humanista, ilustrado y libre”. Leyeron a Alberti, Camus, Sartre, sobre la condición humana, la historia de la Guerra Civil. Otro mundo era posible. Había que acabar con la dictadura e inventarse la sociedad del mañana. Uno de los instrumentos para hacerlo era el libro.

---

Y esto es lo que cuenta, a ráfagas y de manera fragmentaria, este *Itinerario de un editor*. La primera parte da cuenta del trabajo de Pradera *desde dentro*, y ofrece un montón de cartas que escribió –y algunas que le escribieron– durante la época en que estuvo en Fondo de Cultura Económica y durante los años, entre 1971 y 1976, en que fue montando a la sombra la delegación española de Siglo XXI; luego se recogen dos informes que redactó en 1989 en plena crisis de Alianza, poco antes de que se vendiera a Anaya. En la segunda parte hay intervenciones de Pradera, reseñas y entrevistas en las que se pronuncia sobre el trabajo de editor *desde fuera*.

El tiempo que pasó en FCE, y la época en que colaboró con Siglo XXI, muestran mucho de lo que tiene de empresa el trabajo de un editor. La relación con los libreros, con el personal, con la distribución, con los responsables de los suplementos, con los organizadores de eventos para dar visibilidad al sello recién instalado en España. Y, claro, la terrible batalla que han de librar con la censura de la dictadura. La primera carta que incluye el libro es una larga explicación de la última detención que sufre Pradera en 1963, y se la dirige a Orfila, su jefe, para darle los detalles del episodio y para decirle que puede prescindir de él si lo estima necesario, extremo que no fue ni siquiera considerado.

Hay, en otras cartas, algunos detalles reveladores de cómo procedía el régimen franquista. Uno de los libros que puso en marcha Pradera fue la edición de una antología de Unamuno con prólogo de José Luis López Aranguren. Los censores trabajaban línea a línea y bajo ningún concepto estaban dispuestos a admitir una frase que se refería a “...la torpeza insigne que la España oficial católica ha cometido y sigue cometiendo ahora mismo con Unamuno...”. ¿Cómo puede ser posible, clamó Carlos Robles Piquer, entonces director general de Información, si era el propio régimen el que estaba organizando los homenajes al escritor salmantino? Cuenta Pradera: “Pretendía, nada más y nada menos, que pusiéramos una nota del editor al pie del citado párrafo mencionando las disposiciones y actos del Régimen para conmemorar a Unamuno o –segunda variante– que ese *trágala*

---

figurará al comienzo de la edición”. Lógicamente, se negó. Pero todo ese ambiente gris, mustio, pobretón de la dictadura, con sus afanes de controlarlo todo y con su estrechez de miras, empapa el contenido de las cartas de su época en el Fondo.

En 1965, Arnaldo Orfila fue cesado como director. Había publicado un ensayo que sintonizaba con Fidel y el Che y otro que revelaba las terribles condiciones de vida de los pobres en Latinoamérica: no era una línea editorial que estuviera en sintonía con la influencia estadounidense sobre el Gobierno mexicano de Gustavo Díaz Ordaz. Pradera se fue del Fondo en 1967, y se incorporó en noviembre a Alianza, empresa con la que llevaba colaborando desde que el proyecto se puso en marcha unos años antes. Fue ahí donde tuvo un peso esencial en la conformación del catálogo y donde realmente influyó —hacia 1978 se hizo cargo de la dirección de la editorial— en muchas de las lecturas que marcaron a esa sociedad que iba a enfrentarse al desafío de liquidar la dictadura y construir la democracia. Hay, por otra parte, una larga parte del libro que recoge las complicaciones que atravesó Siglo XXI, el sello en el se embarcó Orfila en 1971 con la idea de operar en México, Argentina y España. En 1976, Pradera ya había empezado a trabajar en *El País*, y seguía con Alianza, así que tuvo que renunciar totalmente a ese proyecto.

Los dos informes que redactó Pradera durante la crisis de Alianza iluminan otro momento decisivo de la historia de este país. La dictadura ya ha quedado lejos, España es hace tiempo una democracia en la que ya no tiene lugar alguno la censura. Las cosas en el mundo editorial están, sin embargo, cambiando. “Todos los razonamientos de Diego Hidalgo [el hombre fuerte de Alianza entonces, que quería desprenderse de sus acciones] son estrictamente mercantiles y obedecen exclusivamente a categorías contables”, escribe Pradera. Y más adelante defiende que “editoriales como Alianza son el resultado de otra forma de entender las relaciones entre cultura y negocio, entre proyecto cultural y rentabilidad empresarial, entre creatividad y comercio. Con su propio modelo, Alianza ha sobrevivido durante más de veinte años y se vende ahora a nueve veces su valor nominal”.

---

Pradera no consiguió que Hidalgo permitiera a los socios minoritarios realizar una oferta, y se fue de la editorial en 1989, cuando pasó a manos de Anaya.

No fue Pradera el que abandonó la edición, sino que fue la edición la que lo abandonó a él, explicó alguna vez. “Las economías de escala, el desarrollo del consumo masivo, la competencia de la televisión y de los viajes para ocupar las horas del ocio, las nuevas técnicas de venta (desde los plazos hasta las operaciones de quiosco) que exigen grandes inversiones”: así diagnosticó en otro de sus escritos la situación que atravesaba el mundo del libro cuando se fue (y más adelante). Pero todavía no reinaban, como hoy, Internet y los móviles y las redes sociales. Sea como sea, si hoy tuviera que pronunciarse sobre el oficio de editor, seguro que Pradera seguiría confiando en su capacidad de transformar el mundo. Muy a largo plazo y con mucha discreción, como el arquitecto que proyecta esa casa invisible en la que habitan los proyectos y los valores, las ideas y los sueños, las dudas y las grandes y pequeñas cuestiones. Los libros, en definitiva.

De la mano de los escritos de Pradera es posible, así, reconstruir lo que fue el mundo editorial en España entre principios de los sesenta y finales de los ochenta, pero de vez en cuando asoma también el propio Pradera, tan reacio siempre a manifestarse sobre sí mismo. Y el que asoma es un hombre que no quiere que las tensiones del trabajo puedan empañar una amistad. En diciembre de 1976 le escribió a uno de sus colegas de Siglo XXI porque temía que estuviera “dolido, entristecido, por lo que tú sueles llamar mis brutalidades, que sólo en parte lo son”. Lo eran en verdad sólo en parte –ese “desaforamiento” de sus reacciones, como dice en otra carta–: el torbellino necesario para sacar adelante un proyecto en la mustia España de la dictadura. ♡

---

JOSÉ ANDRÉS ROJO ES PERIODISTA Y ESCRITOR.